

tan satisfecho, ella tan gozosamente ruborosa... allí, allí es donde han visto al anciano párroco bendecir los anillos de su matrimoniol.. ¡Oh irrisión de los recuerdos que sonrían en medio de una miseria que llora!...

Cuando emigra el irlandés, lleva consigo un librito en que se hallan coleccionados los más bellos cánticos de Irlanda. Permitidme que os lea uno de ellos; es el adiós del emigrante que parte solo, y deja allí durmiendo bajo la yerba del camposanto, a su mujer y su hijo:

«María, estoy sentado junto a la cerca en que estábamos el uno al lado del otro en aquella hermosa mañana de Mayo, hace ya tan largo tiempo, cuando tú eras mi prometida. Los trigos crecían tan frescos, tan verdes y lozanos... la alondra cantaba tan alto en los cielos!...

»El sitio no ha cambiado, María, el día es igualmente bello, oigo cantar la alondra, los trigos reverdecen otra vez... Pero tu mano ya no está en mi mano, ya no escucho las palabras tan dulces que me decías al oído.

»Veo desde aquí la iglesia en que nos casamos, y desde aquí rezo, porque el cementerio está alrededor y mis pasos turbarían tu sueño. Allí te he acostado, querida, con tu hijo

en tus brazos. Ahora me hallo solo, y voy a partirl...

»Un prolongado adiós te envío, mi buena y fiel María; mas no te olvidaré jamás, querida, en el país a donde voy. Se dice que hay allá trabajo y pan para todos, y que en todas partes brilla el sol... Pero aunque sea tan bella como Dios quiera aquella tierra, yo no te olvidaré jamás, querida Irlanda!...»

¡Ah! ¡la querida Irlanda! ¡el país amado! ¡la tierra predilecta! ¡aun a ella hay que dar ya el último adiós!

¡Y es verdad, Señores, que no se la olvida!

¿Conocéis algún país que haya desparramado más sus hijos que esa vieja Irlanda? No, ¿no es así?

Pues bien, todos los años, cuando llega la fiesta de San Patricio, millares de cartas parten de la madre patria y van a todos los rincones de la tierra a buscar a los lejanos desterrados. Abridlas, envueltas en sus pliegues llevan algunos ramitos del trébol de Irlanda, y llegado el día, irlandeses e irlandesas, en el ojal de la chaqueta, o en la vistosa chambra, con patriótico orgullo, prenden con una alfiler la humilde ramita verde, el Schamrock de la Irlanda, la pobre planta del país.

¿Y sabéis por qué se ama ese pobre trébol

desmedrado? Sin duda porque una leyenda le une al recuerdo de San Patricio; pero también y sobre todo, porque esa pequeña planta silvestre no vive más que en la tierra de Irlanda, y bajo cualquier otro cielo, lejos de la verde Eryn, languidece y muere!

¡Por fin, dejan su aldea!

Iba yo de viaje días pasados, cuando en la estación de Couillet, ví subir al tren dos jóvenes aldeanos de treinta a treinta y cinco años, con su anciana madre: algunos hermanos y hermanas, demasiado pobres sin duda para alimentar a la infortunada, la dejaban partir.

Yo ví sus tristes y desgarradoras despedidas... ¡y qué pronto les parecía que marchaba el tren!... Un hijo mayor, que no debía partir, entró en el coche para entregar a su madre un socorro para el viaje. En Charleroi se apeó, y derramando lágrimas se quedó en pie junto a la portezuela del coche... la parada fué más larga... volvió a subir, abrazó de nuevo a su anciana madre, y bajó otra vez... luego, después de algunos instantes, volvió otra vez a subir, la volvió a abrazar, y otra vez bajó... y por cinco y seis veces volvió a subir y bajar, y se arrojó al cuello de su madre... Los encargados del tren

tenían compasión de él, y estando ya cerradas todas las portezuelas de los coches, sólo aquella se hallaba todavía abierta... ¡Ay! por fin, se cerró también... La gran máquina se puso en movimiento... El infeliz se volvió a mirarla, la siguió, corrió algunos pasos tras de ella... sollozando de modo que partía el alma... Desapareció; ¡todo había concluído!... ¡ya no volvería a ver a su madre!...

Y este espectáculo se reproduce siempre de igual modo. A los que parten acompañan hasta la estación vecina sus parientes y amigos, sumidos en dolor y llanto; los abrazan por última vez, por última vez les estrechan la mano... y presto nuestras rápidas locomotoras los depositan en Amberes!

A veces, cuando la expedición es numerosa y el barco esta próximo a zarpar, los aguardan agentes oficiales, los reúnen, y sin pérdida de tiempo los conducen al puerto. Los infelices marchan siguiendo a pie los carretones en que son conducidos sus pobres bagajes.

Pero si son poco numerosos, si son reducidas familias, si llegan la víspera para partir al día siguiente, andan errantes por la grande y hermosa ciudad, desvanecidos por su esplendor, extraviados en aquel dédalo desconocido que se abre a su vista y los atrae como un abismo.

Entonces comienza de nuevo la caza humana.

Quisiera no exagerar, Señores, quisiera conceder todo lo posible a la honradez y lealtad que corresponde a los hombres; pero decidme, ¿responderíais vosotros del comisionado que los reúne, del agente que los informa, del cambista que les sirve, del posadero que los aloja?... ¿responderíais de toda esa gente? ¿Necesito manifestaros lo que pasa todos los días? No, ¿no es verdad?...

Y considerad que después de todos esos dolores de las despedidas, se sienten ya de suyo demasiado inclinados a mendigar a satisfacciones vulgares una reacción que los embriague... Pensad en las perturbadoras tentaciones de una última noche pasada en la patria!... Y por yo no sé qué intuición infernal, esos bandidos,—no hallo otro nombre para designarlos—conocen tan bien el lado débil de la naturaleza humana; saben tan bien la cuerda que hay que tocar para que vibren aquellas almas enloquecidas, el golpe que hay que darlas para sumirlas en el fango!... Y una vez allí sumidas, el despojo les pertenece a ellos; solo resta repartirse el botín.

Pues bien, esto tampoco, tampoco puede seguir así! He aquí cómo procura remediarlo el «Raphaëls-verein» alemán en los grandes puer-

tos de embarque: Bremen, Hamburgo, Rotterdam y Amberes; bastará que lo imite en Amberes el «Raphaëls-verein» belga.

Uno o más delegados de la obra, según la necesidad del día, pero contando siempre con ellos un sacerdote, esperan en la estación a los emigrantes. Llevan ostensiblemente en el sombrero, en el gabán, o en la corbata el signo distintivo de la sociedad. Por este signo los reconocen en seguida los emigrantes y al punto quedan ya seguros y tranquilos. Ellos, por su parte, han recibido ya de antemano de los comités de provincia, de los párrocos y de los alcaldes, la lista de los recién llegados, con sus nombres y apellidos, oficio, destino, etc. Como veis, es una manera de presentación completísima. Los delegados los conducen, les indican alojamientos honrados, les cambian las monedas sin descuento, se ocupan en todo lo concerniente a su billete de pasaje, en una palabra, les cubren contra toda explotación material o moral; y no los dejarán, no los abandonarán hasta que la sirena del buque haya lanzado el estridente y siniestro signo de partida.

¿Y el sacerdote?...

Señores, no sólo son cuerpos los que parten,

son también almas; no sería cristiana una obra, si de esto se desentendiera.

Esos pobres van a afrontar los furios del mar inmenso... de ese mar que tantas veces abre sus fauces para engullir a los que por él navegan. ¡Quién contará los emblanquecidos huesos que arrastra y revuelve en sus negras profundidades! ¡Se muere uno con tanta facilidad en esos grandes navíos!

Y allá, en aquellas lejanas tierras donde se los arroja, por altas que sean las montañas a que suban, quizá no verán en veinte leguas a la redonda, ni una sola torre de iglesia! Allá, si mueren, no tendrán sacerdote que los consuele en su agonía, que los otorgue el perdón de Jesucristo, que bendiga su pobre fosa, en torno de la cual sollozarán solos y abandonados su mujer y sus hijos.

El sacerdote los invita, por tanto, a venir por última vez a rezar con él, a oír hablar de Dios y de las cosas divinas, a escuchar el cántico sublime de las esperanzas celestiales, a recibir fuerza y vigor.

Y los pobres emigrantes acuden, Señores, acuden por centenares.

¡Cuántas veces los he visto yo! no a nuestros belgas; nosotros no habíamos organizado nada todavía para proteger a nuestros propios emi-

grantes; apenas se notaba todavía en nuestro país el movimiento de éxodo, y nadie pensaba que había de adquirir una extensión tan grande y repentina. No; ha sido a los alemanes a quienes yo he visto.

Llegaban a nuestra iglesia, casi todos pobres, con una diversidad de trajes singulares, pero casi siempre tristes y mal vestidos. Cantaban allí cánticos alemanes, tan bellos, tan melódicos, que encantaban cuando salían de todos aquellos pechos populares.

Luego subía al púlpito el sacerdote y les hablaba en aquella lengua alemana, tan sonora, tan armoniosa, tan dulce y vibrante. Parecía que todo el corazón del predicador se derramaba sobre sus oyentes con sus palabras, porque los amaba! Les hablaba de su viaje, del mar, de la patria, del destierro, y todas aquellas palabras, propias del discurso evangélico, tomaban en sus labios sentidos divinos y aplicaciones sobrenaturales. Se lloraba mucho, pero sentíase a la vez pasar por las venas un poco de aquella energía de lo alto, de aquella sangre de la gracia, que Dios nos derrama con amor en las horas dolorosas de la vida.

Concluido el sermón, todos juntos, en alta voz, rezaban el rosario; se abrían los confesionarios, y allí, para la nueva vida, renovaban en-

teramente su alma, bañándola y perfumándola totalmente con el perdón y las gracias del Salvador!

Al día siguiente, la mayor parte de ellos comulgaban. Durante muchos años—es uno de los recuerdos que me son más gratos—se verificó esto en la iglesia y a la hora en que yo celebraba el santo Sacrificio. Aplicaba yo la misa por ellos y les daba el sagrado Viático, el celeste Pan de los viajeros. ¡Pobres gentes! se acercaban a la sagrada Mesa según la costumbre alemana, con su rosario enrollado en sus manos, humildes como los desgraciados, un poco aturdidos, y desmañados por desconocer nuestras costumbres belgas, pero tan buenos, tan piadosos, tan edificantes! Viejos y jóvenes, todos se acercaban... ¡Ah! yo he visto acercarse algunos muy viejos enteramente encorvados por la edad, por el trabajo y por la miseria, y que seguían a sus hijos para no morir solos aquí. Cuán de corazón, al darles a mi Dios, pronunciaba yo las palabras de la liturgia romana: «Que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma, hermano mío, hasta la vida eterna».

Así perdonados y consolados, sintiéndose ya más animosos y más fuertes, porque se sentían más puros, se iban desde allí al vapor que

les esperaba amarrado a lo largo de los magníficos muelles de nuestro gran río.

La organización del «Raphaëls-verein» belga, apenas ha dado sus primeros pasos, es todavía imperfecta, y sin embargo se ha comenzado ya a despedir a los emigrantes belgas con esos piadosos ejercicios. Sólo que los párrocos de las aldeas de donde parten nuestros emigrantes lo ignoran y no les pueden informar. Acaba de ser nombrado el delegado belga en Amberes, pero hasta aquí ha sido el delegado alemán quien con infatigable celo, no escatimando trabajos ni molestias, se ha sacrificado por ellos, como por los suyos, acogiéndolos, reuniéndolos, y aun sin poder hablar su lengua, dirigiéndolos hasta el navío. No le déis por ello gracias sino ante Dios, Señores, porque su modesta sonrisa os diría: «¿No es la cosa más natural el que se ame y sirva a esos pobres?»

¡El buque!...

Me contengo, Señores. Quisiera yo, aquí sobre todo, no pasar la raya, encerrarme rigurosamente en los límites de la verdad más precisa, permanecer frío y razonador, aun cuando mi corazón saltara.

No tengo necesidad de exponeros lo que es

un buque, ni de recordaros que la suprema cuestión que acerca de esto se ventila incesantemente es la de alojar en el espacio más reducido posible la mayor cantidad posible de mercancías. En un principio la solución general aplicada a todo género de mercancías se aplicó igualmente á la mercancía humana. Mas bien pronto intervinieron las leyes, e impusieron una solución oficial, para el hombre al menos: ya no fué permitido considerarle como una caja de azúcar o como un saco de lana.

En Bélgica existe una ley que regula el transporte de los emigrantes. Esa ley determina las condiciones a que deben sujetarse los empresarios de transportes, la instalación de los pasajeros, la importancia y cualidad de las provisiones del viaje, la cantidad y naturaleza de las raciones diarias.

Esa ley del 22 de Diciembre de 1876 concede a cada emigrante un espacio conveniente, un alimento sano y abundante; ordena la separación de los pasajeros en tres categorías, celibatarios, familias y mujeres solas, en compartimentos adecuados, provistos de llaves; dispone que se tengan los locales en perfecto estado de limpieza, lavados y ventilados cada día, y desinfectados dos veces por semana.

No son menos exigentes las leyes similares

en los diversos países de emigración. He aquí algunos extractos de las leyes de la República Argentina:

EXTRACTO DE LAS LEYES
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Art. 20. Ningún buque podrá embarcar más de un pasajero por cada dos toneladas de registro, exceptuando de este cálculo a los niños de uno a ocho años, para quienes se contará a razón de un pasajero por cada tonelada de registro.

Art. 21. Cada persona tendrá derecho a ocupar un espacio de 1,30 metros cuadrados si la altura del puente es de 2,28 metros; de 1,33 metros cuadrados si la altura es de 1,83 metros, y de 1,49 metros cuadrados si la altura del puente fuera de 1,66 metros. Los niños menores de un año no están comprendidos en este cálculo, y dos niños menores de ocho años serán contados por un pasajero.

Art. 22. El entrepuente de los buques tendrá una altura mínima de 1,66 metros, y deberá estar siempre libre para el tránsito de los pasajeros.

Art. 23. Las literas destinadas a los pasajeros tendrán interiormente al menos 1,83 metros de largo por 0,50 de ancho.

No se podrán colocar más de dos filas de literas en cada camarote.

Art. 24. Todo buque conductor de emigrantes, irá provisto de botes de salvamento en número proporcionado al de los pasajeros.

Art. 25. Todo buque conductor de emigrantes, irá provisto de los ventiladores, bombas, cocinas, aparatos, herramientas, utensilios y dependencias necesarias para la higiene, seguridad y comodidad de los pasajeros, de acuerdo con los reglamentos que se adoptarán a este efecto.

Art. 26. Todo buque conductor de emigrantes, tendrá a bordo un médico y un farmacéutico provisto de todos los medicamentos necesarios.

.....
Bastan estas citas. Pues bien, ved aquí ahora lo que publicaba un periódico belga todavía no hace un mes:

«En la *Volkzeitung* de Colonia un corresponsal de Amberes censura vivamente a las autoridades belgas de que no hacen que se vigile suficientemente a los buques de emigrantes en el puerto de Amberes. Presenta ciertos buques... como antros de inmoralidad y de peste. Excita a las autoridades marítimas belgas a que obliguen a los propietarios de esos buques a intro-

ducir en ellos las mismas mejoras que existen en los buques que parten de Hamburgo y de Bremen.

»Clama venganza al cielo, dice la *Volkzeitung* de Westphalia, el ver cómo se trata en los vapores que parten de Amberes a los desgraciados emigrantes. Los víveres son repugnantes, la suciedad del entrepuente y de los camarotes indescriptible... el agua es fétida, la manteca llena de gusanos... Todos estos informes, casi increíbles y que solo reproducimos bajo la más expresa reserva, han sido consignados, según el mismo periódico, en procesos verbales, ante testigos, por un notario de Amberes, y los procesos verbales han sido transmitidos al Reichstag alemán».

En el *Weekly Herald* de Buenos Aires, del 2 de Febrero de 1889, se lee: «Acaba de imponerse una multa de 500 pesos a la Agencia de... por haber conducido a Buenos Aires en el vapor... un número de emigrantes superior al que la ley permite embarcar. Este navío había partido de Amberes el 24 de Diciembre último con un cargamento casi completo de emigrantes. Hizo escala en la Coruña, y allí, a pesar de todas las leyes humanas y divinas, había amontonado a bordo nuevos emigrantes como ganado conducido en vagones al matadero».

Luego se halla en el mismo período este recuerdo. «En 1870 partió de Liverpool un navío conduciendo emigrantes. Tenía la capacidad cúbica de aire exigida para 800 pasajeros; después de tres escalas en Pauillac, Santander y Lisboa, el número de éstos subió a 1.200. Protestan algunos pasajeros, recordando los reglamentos al capitán; pero éste les contestó: «Los reglamentos han sido hechos para Liverpool, mas no existen para Lisboa».

He aquí dos cartas que extracto de un folleto publicado recientemente en Bruselas (1).

«... Como sabéis, éramos 900 emigrantes en el barco cuando partimos de Amberes. Llegados a España se embarcaron otros 300 pasajeros, y luego todavía otros 260. Éramos, pues, 1.460 emigrantes, sin contar los pasajeros de primera y segunda clase y la tripulación, cuando entramos en el Gran Océano.

»El calor era sofocante. En el entrepuente está todo tan sucio, hay tanta miseria y animalillos, se respira un aire tan fétido, que todo el mundo se pone enfermo. Desde nuestra salida de Amberes han muerto cuatro personas y sus

(1) *La verdad acerca de la emigración*, por G. Gauderlier, ingeniero.

cuerpos han sido arrojados al mar en un saco. Era horrible verlo...

»El alimento era pasadero los primeros días, pero después nos han retirado el pan y la carne fresca, reemplazándola con galleta dura como un leño, con tocino rancio y con bacalao seco...

»En los dormitorios la paja está podrida y despiden un olor insoportable. Muchos pasajeros pasan la noche recostados en el puente, por no sufrir el suplicio de estar amontonados unos sobre otros, hombres, mujeres y niños, todos revueltos. Las mujeres sobre todo lo sienten más y están llorando todo el día. Los niños son igualmente bien dignos de lástima, pues no pueden comer nada de lo que se nos da, y mueren muchos.

»SANTIAGO P.

»Actualmente en Tucumán».

Otra carta. El que la escribe partió de Amberes el 14 de Octubre último, en el vapor *Baltimore*:

«Lo que os he dicho de la comida es todavía muy suave; porque es un alimento demasiado malo aun para dárselo a las bestias. ¿Y el dormitorio!... Figuraos una gran cámara con dos aberturas solamente. Es un verdadero *nido de peste* (sic).